

inusitado interés general en nuestras esferas bibliotecarias y marca un período de promisoría actividad en el futuro.

Por estas razones, nuestros agradecimientos a la American Library Association y a la Fundación Rockefeller, que contribuyeron decisivamente a hacer posible su permanencia entre nosotros; es el más legítimo reconocimiento a la brillante labor por Ud. llevada a cabo, y revela la disposición siempre favorable que han tenido para con nosotros.

Al abandonar el país, quiero expresar, finalmente, mis más cordiales votos por el futuro de sus actividades y que, cualquiera que sean las perspectivas que le depare el ejercicio de su profesión en su patria, tenga siempre presente que en la Universidad de Chile deja vínculos de amistad, admiración y gratitud permanentes.

Lo saluda muy atentamente.—JUVENAL HERNANDEZ, Rector"

---

## CEREMONIA DE GRADUACION DE LAS ALUMNAS DE LA ESCUELA DE EDUCADORAS DE PARVULOS DE LA UNIVERSIDAD

El 26 de noviembre, a las 11 de la mañana, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, recibieron sus diplomas trece alumnas de la Escuela de Educadoras de Párvulos, después de completar un curso de tres años en esta Escuela, que fue creada a petición de la Asociación de Mujeres Universitarias, en septiembre de 1944, y que dirige en la actualidad la Dra. Matilde Huici.

Don Juvenal Hernández, Rector de la Universidad, y don Juan Gómez Millas, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, a la cual está anexada esta Escuela, presidieron la Ceremonia de Graduación.

Con un programa musical a cargo de coros de la Escuela, preparados por la profesora señora Australia Acuña, se amenizó este acto.

Hablaron el profesor don Antonio Ruiz Urbina y la alumna señorita Luisa Horzeilla.

Copiamos a continuación algunos párrafos de los discursos.

Del señor Antonio Ruiz Urbina:

"Obtener un título supone, desde el punto de vista general, haber alcanzado mediante el estudio disciplinado, el conocimiento teórico y a veces práctico de ciertas técnicas profesionales, que capacitan para desempeñar con cierta eficiencia una función especializada de orden social, pero

desde el punto de vista muy especial del educador, supone, además, y de manera muy destacada, entregarse de lleno a la colectividad por el sacerdocio de la formación de las generaciones, con un renunciamiento casi absoluto al provecho que pueda obtenerse materialmente del desempeño de una función.

Queridas alumnas: seréis, a partir del momento en que entréis en la función efectiva del magisterio, sacerdotisas, artistas y sembradoras. Se os hará entrega de una materia delicada y frágil, deberéis animarla con el soplo de vuestro optimismo.

El tipo muy especial de educación al que habéis de consagraros, requiere condiciones, también muy especiales, de carácter y de acción, puesto que si es ya delicada la misión de educar al niño, más lo es aún la de guiar al párvulo, sin falsear o destruir su personalidad y sin tampoco dejarla desbocarse como un corcel indómito. No olvidéis nunca, que las impresiones que recibe una criatura humana en sus primeros años son los cimientos fundamentales de su futura personalidad y, por lo tanto, su modo de pensar, sentir, y actuar de adultos, frente a los problemas de su patria y de la humanidad.

Un gesto airado, una palabra áspera, una actitud incorrecta, pueden ser la imperceptible gota que se transforme en el torrente impetuoso de un complejo que desvíe una vida y arrase una personalidad, donde pudiera haber un campo propicio para el desarrollo y maduración de los mejores frutos de beneficio social. El párvulo es el receptáculo más sensible de todas las vibracio-

nes del medio, el mecanismo más delicado de la naturaleza. No en vano, aquellos estados, que hoy marchan a la cabeza en la educación, se han convencido que el cultivo adecuado de la vida infantil es el medio más efectivo de promover la evolución de la sociedad, que los beneficios que se reciben en los primeros años serán de gran valor para la comunidad, que una buena iniciación en la vida, es la mejor garantía posible de bienestar para las generaciones venideras y que no deben escatimarse los medios, ni ahorrarse ningún sacrificio de orden material, para este tipo de preparación del ciudadano, pues ella es la mejor y la única esperanza de la supervivencia de la vida democrática.

La educación del párvulo en este proceso formativo, no es ya un capricho de reformadores impenitentes, sino una necesidad imperiosa de la época. No darle el lugar que le corresponde, negarle la ayuda material que ella necesita, es como negar a la planta el agua y el sol, o como negar al organismo la savia necesaria para regar sus tejidos y permitir el desarrollo normal y evolutivo de sus órganos.

La Escuela de Educadoras de Párvulos de la Universidad de Chile, la más joven tal vez en el sentido cronológico y docente salida del alma mater universitaria, ha dado ya frutos reales en la labor que desempeñan en la atención de los párvulos, con eficiencia y esmero las alumnas egresadas de su seno; creemos por ello que merece ser ubicada en la estructura general de una universidad moderna, dentro del lugar propio y real que le corresponde.

Hacemos votos porque alguna vez pueda ofrecerse a la ciudadanía un plan completo de educación y atención del párvulo, tanto normal como enfermo, tanto con atención familiar como abandonado, tanto rico como pobre.

Y a vosotras, jóvenes alumnas, que os váis a iniciar en la cruzada de cultivar en el niño todas las posibilidades de hacerlo un elemento útil para la patria, os deseamos que el éxito corone vuestros esfuerzos y el amor guíe vuestros pasos y os dé energías suficientes para triunfar en la lucha, que será en realidad titánica, por salvar a nuestros niños. Sólo por ello, deberéis más tarde, cuando se coloque vuestra labor en la balanza de la justicia social y penetre en los corazones el mismo amor que vosotras iréis prodigando, merecer el bien de una sociedad que os tendrá forzosamente que estar agradecida.

De la señorita Hörzella:

Por tercera vez se reúne la Escuela de Educadoras de Párvulos en el recinto de la Universidad, para celebrar el acto de graduación de las alumnas de Tercer Año.

Sentimos en este momento una extraña emoción. Nos embarga cierta pena al abandonar el grupo, grupo que durante estos años ha llegado a conocerse y comprenderse. Ha surgido además del contacto de todos los días, más de una buena amistad; se ha formado finalmente el lazo ineludible que es el de una meta común. Dejamos también otro grupo querido, que es el de los maestros. Cada uno en su ramo fué un guía afectuoso y eficaz, que no sólo trató de inculcar conocimientos, sino que logró acercarse a las alumnas, contribuyendo a su formación. Pero al mismo tiempo, estamos alegres porque comprendemos que aunque el camino por seguir no sea siempre tan bello como imaginábamos, tendremos sí las armas para seguir adelante.

Quisiera referirme en esta ocasión a la formación ética que se da en la Escuela y que creo es la directiva que siguen todos los maestros.

Conseguir que el individuo actúe en forma recta porque se siente bien con ello; crear en él una actitud mental sana que lo lleve a ver las cosas como son, hacerle comprender que el deber puede llegar a ser un esfuerzo encauzado alegremente y que la palabra sacrificio queda descartada de su vocabulario porque, si obra de una manera que implique ciertas dificultades, quedará plenamente compensado con el sentimiento de felicidad y seguridad que tal acción le reporte, son los fines del estudio metódico de la ética.

Vale citar el resultado de esta formación en la declaración sencilla y franca de una compañera al ser encarada de esta manera: —¿Cómo puede Ud. trabajar con un elemento de niños tan misero, sin sentir repugnancia? ¿Para qué, por último, tanta dedicación, si no hay mayor reconocimiento?

—Es tal la alegría que siento al ver a los chicos obsortos en sus juegos y trabajos, que me olvido completamente si Pedrito es hijo del dueño del hotel, del chofer o del zapatero, y creo estar ampliamente recompensada si consigo que estos niños demuestren estar contentos conversando y riendo.

Quiero hacer presente en esta oportunidad nuestros especiales agradecimientos al señor Rector, don Juvenal Hernández, a la señora Amanda Labarca, cuya ausencia lamentamos, y a quienes se debe la existencia de nuestra escuela. Saludo también a nuestro jefe superior inmediato, don Juan Gómez Millas, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. Los mejores deseos son para ellos, para nuestros maestros, para las compañeras de Primer y Segundo Año que se han distinguido como excelentes colaboradoras, y para todas aquellas personas que de una u otra manera se han interesado por la labor de la Escuela.

Pido un aplauso para todos ellos y hago llegar finalmente nuestro más ferviente deseo de bienestar y los agradecimientos más sentidos a nuestra Directora, doctora Matilde Huici.